





DE MADRID

A NAPOLES



D919

A35

"LA PROPAGANDA LITERARIA"

SUCURSAL DE
"EL GRAN LIBRO"
TIBURCIO 13 Y 18.
MEXICO.

LIBRERIA Y AGENCIA DE PUBLICACIONES.

ENCUADERNACIONES DE TODAS CLASES
PAPEL Y SOBRES SUPERIORES

*Suscripcion permanente á las principales obras
que se publican en España.*

SE VENDEN OBRAS Á PAGAR EN ABONOS.

*Surtido general de libros en blanco
con gran rebaja de precios.*



1080016955



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

GASPAR Y ROIG, EDITORES.

DE MADRID Á NÁPOLES,

PASANDO POR PARÍS, GINEBRA, EL MONT-BLANC,
EL SIMPLON, EL LAGO MAYOR, TURIN, PAVÍA, MILAN, EL CUADRILÁTERO, VENEZIA,
BOLOGNA, MÓDENA, PARMA, GÉNOVA, PISA, FLORENCIA, ROMA
Y GAETA.

VIAJE DE RECREO,

REALIZADO

DURANTE LA GUERRA DE 1860 Y SITIO DE GAETA EN 1861,

POR

DON PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

ILUSTRADO

CON GRABADOS QUE REPRESENTAN MONUMENTOS, RETRATOS, ESTATUAS, COSTUMBRES, ETC., ETC.



C.C.

MADRID.

IMPRESA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG,
CALLE DEL PRINCIPE, NUM. 4.

1861.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez



11037

47209

D919

A35

Núm. Clas. 914
 Núm. Autor 4321d
 Núm. Adg. 11037
 Procedencia -6-
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasificó [signature]
 Catalogó [signature]

DEDICATORIA

Te dedico este libro mas, amigo mio.
 Perdona que oculte otra vez tu nombre al público; pero lo hago obedeciendo al mismo escrúpulo de pudor que me impulsaria á estorbar que mi hermana ó mi hija apareciesen sobre el tablado de la escena pública.
 Es piedad ó egoismo... No sé.
 Quizás tengo á mengua ó desventura la triste condicion que nos arroja á los artistas sobre la arena de un anfiteatro á ser pasto del ocio de nuestros semejantes, y no quiero ni por un momento hacerte partícipe de mi vergüenza.
 Quizás porque es tu amistad el mejor triunfo de mi vida privada, deseo que nadie la conozca, temeroso de que adquiriera los funestos visos de la vida literaria y haya quien me la dispute y arrebatte.
 Quiero, en suma, tenerte de reserva en la oscuridad de mis afectos íntimos, á fin de que me hagas olvidar, como hasta aquí, las agonías del espectáculo diario que el escritor dió al mundo, entregándole los secretos de su corazon y de su inteligencia, y descansar á tu lado de las rudas faenas del combate.
 Tu imaginacion privilegiada, que todo lo sondea, lo comprende y se lo apropia, habrá conocido ya toda la verdad, toda la ternura de lo que te digo.
 Gracias: estoy contento, como si acabara de hacer una buena obra.
 Ahora, atiende; que empieza el literato.

Tu amigo,
 PEDRO.



FONDO EMETERIO
 VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Cdad. 1625 MONTERREY, MEXICO

011037

PRÓLOGO.



Mucho tiempo he vacilado antes de publicar estos apuntes; y en verdad os digo que si la llamada civilizacion acostumbrase á quemar á los que reniegan de ella, me hubiera guardado muy bien de coger la pluma para referiros mi viaje de *Madrid á Nápoles*.

Y es que el presente crédito va á ser mirado por los modernos filósofos (suponiendo que lo lean), como una heregia social, como un atentado á la actual civilizacion, como una protesta contra el espíritu del siglo.

En cambio no faltará un teólogo intransigente que lo califique de heterodoxo, ó cuando menos de eclético, sospechoso y hasta racionalista.

Y sin embargo, yo no puedo menos de darlo á luz. *Quod scripsi, scripsi*; y á mí me anima una profunda conviccion y verdadera conciencia de las estrañas opiniones que he de emitir en el contesto de esta obra.

Peró os repito que la tarea que me impongo es sumamente grave; que seria peligrosa en épocas de intolerancia, y que hoy será objeto de diversas y acaloradas censuras.

Digo mas: hay en todos los campos tantos hipócritas, fariseos y mercaderes, que afectan creer, para sus menguados fines, lo que yo creo firme y verdaderamente y pienso proclamar en alta voz, que al verme colocado fuera del círculo de sus pasiones, juzgar imparcialmente su contienda, filósofos y teólogos recordarán algunos episodios de mi pobre vida pública, y me negarán la competencia, la sinceridad y la buena fé, si ya no es que unos y otros se empeñan en afiliarme en cierta escuela filosófica ó tal partido político, llamándome (Dios se lo perdone) *neocatólico* ó *demagogo*, segun que mejor les cuadre y favorezca.

Error, y error crasísimo será este. Bien que, de muy antiguo, uno de los males que mas afligen á los pueblos y á los gobiernos, es confundir la política con la filosofía; lo ideal con lo práctico; lo especulativo con lo factible; las aspiraciones de un buen deseo con la gestion concreta de las cosas dadas; como si no pudiera comprenderse que hubiese hombres liberales en política y reaccionarios en filosofía, del mismo modo que conocemos á muchos que siguen una política reaccionaria, mientras que en su fuero interno son libres pensadores de la extrema izquierda.

Fuera de esto, y descendiendo á mas llanas esplicaciones, os diré las causas de mi viaje y de mi libro, y lo que uno y otro han venido á ser en último resultado, á fin de que no me leais á ciegas ni concibais esperanzas que defraudarian las primeras hojas.

El origen ó el móvil del viaje no pudo ser mas serio, mas importante, ni de mayor consideracion.

—«España, me dije el año pasado; la nueva España, hija y heredera de aquella gran nacion de su mismo nombre que dominó en Europa; esta España que quedó huérfana y en la menor edad cuando murió su madre en las gloriosas y calamitosas guerras de la Casa de Austria; esta pobre adolescente que tanto ha sufrido bajo tutores y curadores y á quien vemos crecer y hermosearse mas y mas cada dia;

esta gallarda joven cuya *mayoría* quiso declarar la Francia hace pocos meses (á lo que se opusieron otras naciones), pero que, *menor* y todo, empieza á cuidar ya de su porvenir y de sus intereses; esta España, decia yo, demuestra un afán decidido por parecerse, por semejarse, por igualarse, si posible le fuera, á las naciones mas adelantadas de Europa, y muy especialmente á la Francia, su hermana y su rival en todos tiempos.—A este fin, nuestra patria no omite medio alguno. Ella sigue sus modas, imita sus costumbres, adopta sus invenciones, se asimila sus adelantos, se da sus leyes y reglamentos, aspira á disfrutar su bienestar, á dividir su poderío, á participar de su fortuna. Francia, en fin, es su modelo, su ideal de perfeccion, el término adorado de sus miras.—Pues bien, seguí diciéndome: vamos á Europa; vamos á Francia.—Esto equivaldrá á hacer un viaje al porvenir de nuestro pueblo.—Estudiemos el tipo que nos proponemos copiar. Sepamos lo que seremos el día que lleguemos al grado de prosperidad que deseamos. Veamos si efectivamente reside allí el bien apetecido; si allí son mas felices que nosotros; si hay verdadera dignidad en ser lo que ellos son; ó si, desgraciadamente (y como dicen algunos), vamos en pos de una misera loca, olvidada de Dios y de sí misma, de una bacante ebria, de una cortesana rebelada contra la virtud, que pudiera arastrarnos al abismo.—Conozcamos, en suma, la actual civilizacion.»

Por otra parte, en aquel tiempo era cuando principiaba á arreciar de nuevo la tempestad italiana que ruge todavía, que tanto ha destruido y tanto amenaza destruir.

—«La revolucion de Italia,—me dije yo con espanto,—se parece á la prosperidad de Francia en que unos la creen la aurora del gran día de la libertad y la felicidad de Europa, mientras que otros la califican de crepúsculo de muerte de la actual civilizacion.—Urgeme, pues, tanto conocer la cuestion de Italia como el estado de Francia.—Quizás estos dos problemas se resúmen en uno solo.—La revolucion de Italia es el volcan que revienta; pero su verdadero foco, el depósito de materias ebullientes está en París. Lo uno es la manifestacion de lo otro. De aquí que la erupcion vaya acompañada de un terremoto europeo. La vieja Italia y la nueva Francia no pueden coexistir. Desde que en 1779 París se declaró la mente del mundo, todas las expansiones de su política y su filosofía, todas las glorias de sus armas, todos sus progresos, todos sus adelantos resuenan dolorosamente en Roma. Hay, pues, una nueva lucha entre el Imperio y el Papado...» (¡Qué dato para mis recelos acerca de la grandeza actual de Francia!)—«Vamos á Italia, exclamé por último. Asistamos á la emancipacion de ese pueblo, cuyo largo martirio ha sostenido vivo en toda Europa el fuego de la libertad. Estudiemos el derecho que le asiste para romper con su pasado, y las razones á que obedecen los que se empeñan en mantener el *statu quo*. Adivinemos lo que va á suceder, y si lo que va á suceder es justo. Conozcamos la historia. Hagámonos luz en esa temerosa y oscura cuestion tan diversamente planteada, tan prolijamente discutida, y de la que no sabemos otra cosa los que la vemos desde lejos, sino que entraña la crisis mas temerosa de la historia de quince siglos. Sepamos quién tiene razon; si París ó Roma; si los dos, ó si ninguno. Estudiemos los inconvenientes del Imperio y los del Papado. Comparemos las iniquidades de la libertad y las de la tiranía. Veamos dónde está mas degradada la humanidad, si bajo el yugo de un positivismo grosero ó bajo el yugo de un fanatismo irracional. Démonos cuenta de tan fieros males y de tan crueles remedios, y busquemos un rayo de luz para la atribulada esperanza. ¡Ay de nosotros si una abominacion no puede evitarse sino con otra abominacion!»

Ya veis que las preocupaciones de mi espíritu al emprender este viaje no podian ser mas hondas ni mas solemnes.

Ahora bien: por lo que digo al principio de este prólogo, comprendereis que mis dudas se han resuelto, aumentándose mis zozobras, y hasta podreis adivinar cuáles son las convicciones que he adquirido en presencia de los hechos.

Pero esas convicciones son tan graves y tan estrañas, que yo no me atreveria nunca á imponérselas, ni aun á manifestáros las sentenciosamente. El mero relato del proceso ha de atraerme las contradicciones y censuras de que os hablaba antes: si

yo lo fallase por mí solo, mi opinion seria escarnecida y desdeñada.—Vais, pues, á fallarlo vosotros, lectores imparciales, ó, si quereis, lo fallaremos juntos.

Para ello, os someteré la cuestion íntegra: haré que me acompañeis en mi viaje: os daré mis impresiones con preferencia á mis raciocinios: recorrereis conmigo la Italia y la Francia; vereis lo que yo he visto; oireis lo que yo he oido; me seguireis á todas horas; os pasará lo que á mí me ha pasado; sentireis indudablemente las indignaciones, las alegrías y las tristezas que yo he sentido, y de esta manera, al final de nuestra peregrinacion, tendreis las ideas que yo tengo y podreis, si se os antoja, publicar la obra dogmática, el folleto político ó el ensayo filosófico que yo no me atrevo á escribir hoy.

Pero al adoptar este sistema, tropiezo con otro grave inconveniente que tambien me ha hecho vacilar antes de dar á luz el presente libro.

Es el caso, lectores, que yo no estoy tranquilo ni con mucho acerca de mi manera de viajar, y que, al llevaros en mi compañía, temo desacreditarme á vuestros ojos. La importancia de las cuestiones que vamos á estudiar por esos mundos de Dios, requeria un espíritu serio, un carácter tenaz, una aplicacion constante, una laboriosidad á toda prueba, y yo no tengo ninguna de esas cualidades, sino todas las contrarias, y por añadidura, muchísimos defectos.—Yo no he hecho mi viaje como poeta, como filósofo, como erudito, ni tan siquiera como un curioso. Yo he viajado como lo que soy; como un hijo del siglo, como un simple mortal, como un joven de alegres costumbres. Yo no he estado de ningun modo á la altura de mi mision, que se dice ahora. He dejado á la casualidad el cuidado de instruirme: he rodado por las ciudades y los caminos á merced de mi capricho, en vez de supeditarme á un plan de observacion, de estudio, ó cuando menos de viaje; y para decirlo de una vez, al recorrer los pueblos á que me habia llevado el propósito de analizar importantísimas cuestiones, pensaba mas en gozar y divertirme que en la futura existencia de esta obra.

Así es que las hojas de mi cartera vinieron llenas de apuntes insustanciales, inconexos, acerca de mis aventuras propias, de las personas que he tratado, de los monumentos que he visto, del estado atmosférico, de las tristezas que me he pasado á solas, de las bromas y fiestas en que he perdido el tiempo, del campo de batalla que atravesé por un acaso, del cañoneo que me turbó el sueño una noche y cuya causa no me cuidé de averiguar á la mañana siguiente, de las mujeres que me gustaron, de los alimentos que preferí, de los teatros en que pasé la noche, de las conversaciones que escuché, de los delirios que vagaron por mi mente, de la hermosura de un paisaje, de un tipo que me chocó, del vestido que llevaba cuando yo lo ví este ó aquel personaje europeo, de lo que me contaron los cocheros y los *ciceroni*, de mil nimiedades, en fin, de mil pequenezes, de mil cosas insignificantes; pero que á mí interesaron por el momento, y componen todas juntas algunos meses de mi vida.

¡Y con esto solamente me he atrevido á escribir un volumen! ¡Y en este volumen me propongo dilucidar los mas grandes problemas de nuestro tiempo!—¿Qué quereis? Cada cual tiene su modo de ver las cosas.—No es que yo recomiende el mío; pero os aseguro que sirve tan bien como otro cualquiera para penetrarse de la índole, de las costumbres, de las tendencias y del estado social de los pueblos.

Ni es esto todo. Yo creo que el observador adelanta mas viviendo que estudiando. Creo que el que busca los hechos casi nunca los halla, y que es mejor pararse en una esquina y aguardar á que pasen por delante de uno.—Todo el que penetra en las cosas, las violenta y desnaturaliza. Yo prefiero dejarlas manifestarse espontáneamente.—Si preguntais á una mujer su historia, os referirá una novela. Vedla vivir, y sabreis á qué ateneros.

Pero voy demasiado lejos con mis disculpas. Siempre será que mis aseveraciones estén destituidas de cierta autoridad, por lo mismo que no se fundan en datos ni documentos. Los hombres graves encontrarán muy gratuito todo lo que yo afirmo sin otro testimonio que el de mi poca ó mucha sensibilidad.—Verdad es que yo tengo una fé ciega en ella; pero esta fé no puedo imponérsela á nadie. Mas por

si el público me la otorga *motu proprio*, yo le advertiré que entre el criterio del estudio y el de la sensibilidad hay la misma diferencia que entre la pintura y la fotografía. La primera es mas grande, mas noble, mas difícil: la segunda es mas viva, mas verdadera, mas exacta.

Con que no os llameis á engaño despues de leerme. Ya sabeis de lo que se trata. Estas páginas no son una *Historia*, ni una *Guia*, ni una *Estadística*.—Reparad que en la portada ni tan siquiera las he llamado *libro*, sino *viaje*.—El libro está por escribir.—De este volúmen á un libro hay la misma distancia que del mineral á la moneda.

No concluiré sin embargo, antes de deciros, por lo que pueda valer, que yo no pienso contaros sino aquello que haya visto por mis propios ojos y tocado con mis propias manos, y que si en mis mejores escursiones he cometido la atrocidad de dejar de ver una cosa muy importante, la cosa muy importante se quedará por decir, y que si he tenido la desgracia de no encontrar en alguna parte lo que esperaba, no me figuraré que lo he encontrado ni lo contaré de oídas ó *leídas*, pues no quiero parecerme en esto (¡asi le pareciera en el modo de narrar!), al embustero de Alejandro Dumas, que ha hecho en sus Impresiones de Viaje una España y una Italia á su capricho, ó por mejor decir, al capricho de los franceses, á cuyas preocupaciones y erróneos juicios no se atrevió á oponer el correctivo de la verdad, como debia en consecuencia y es obligacion de los que escribimos en letras de molde.

Yo me propongo cumplirla en la presente publicacion, y este será su único mérito; porque no tratando de escribir un libro de conclusiones y teorías, sino meramente una coleccion de observaciones particulares, para que, fundado en ellos, el lector pueda discurrir por su cuenta acerca de ciertas cosas, estos apuntes serian ociosos y hasta criminales desde el instante que desfigurasen un solo hecho; puesto que sería abusar de la fé con que quiero ser oído y que hasta hoy tengo derecho á reclamar de mis lectores.

CAPITULO PRIMERO.

FRANCIA.

I.

Marsella.

El dia 29 de agosto de 1860, á las ocho y media de la noche, salí de Madrid en el tren-correo con direccion á Valencia, á donde llegué al dia siguiente á las doce de la mañana.

Valencia era para mí una antigua conocida y hasta una amiga si quereis. Por otro lado, yo la he descrito ya muchas veces en prosa y verso.—Haré, pues, esta vez lo que hice aquel dia; que fue entrar por una puerta y salir por otra, despues de haber visado mi pasaporte en el consulado de Francia y de haber tomado mi pasaje en el vapor *Philippe-Auguste*, de las Mensagerías imperiales, que debia partir aquella tarde para Marsella.

A eso de las cinco encontrábame ya á bordo.—Tomé posesion del camarote en que habia de vivir dos dias, y subí sobre cubierta á hacer lo que hace toda persona bien nacida cuando abandona su patria: á mirarla con ojos de amor hasta perderla de vista.

A las seis levamos anclas y el vapor se puso en movimiento.

La mar estaba tranquila... El sol se habia hundido tras el cabo de la Nao... Yo pensé en lo que se piensa y sentí lo que se siente en momentos semejantes. Bendije con la intencion patria, familia y amigos, y cuanto dejaba en pos de mí... y la campana me llamó á comer.

Encogíme de hombros y penetré en el salon de popa.

Los franceses son siempre los mismos: lógicos y utilitarios; hombres de talento y talentos materialistas.—Ellos han establecido esta costumbre de sentarse á la mesa en el momento de emprender una navegacion; costumbre ventajosa si las hay.—Esa comida prepara y conforta el cuerpo contra el mareo ó *mal de mar*, y distrae el alma de sus despedidas melancólicas.

Desde el momento que entraís en el comedor y os veis entre veinte ó cuarenta personas con las que vais á vivir íntimamente durante cierto tiempo, lo prime-